

JUAN DEL SILENCIO

Juan recibió en el desierto, donde todo es silencio, la palabra de Dios. Y luego habló él a los hombres. Sus palabras eran ya más de Dios que suyas, tenían fuerza divina, movían los corazones, eran palabras de vida. Sonaban durísimas para unos - Herodes, ilegítimamente unido a Herodías - pero consoladoras y confortantes para los pecadores, que le preguntaban qué debían hacer para cambiar de vida y se hacían bautizar por él (cf. Lc 3, 1-20).

- **Hoy se necesitan otros juanes, que hablen palabras de vida.** Estas se aprenden de Dios en el silencio, en la unión con él. El Papa Francisco nos hace sentir la urgencia del silencio donde resuena la voz de Dios, pues vivimos en un mundo lleno de palabras y de ruidos, que aturden y nos quitan el gusto y sentido de la vida; en el silencio el fuego de Dios inflamará nuestro corazón y luego podremos inflamar el corazón de los demás con nuestro testimonio y nuestras palabras (cf. *Gaudete et exultate* 29.149-151).
- **Hoy tenemos juanes como el Bautista, cuyas palabras son eco fuerte y claro de la voz de Dios.** Ellos han dejado espacio a Dios en su corazón. Dios les ha dado, en el silencio más absoluto y doloroso, palabras de vida que orientan y nutren nuestra fe, si sabemos escucharlos.
 - **Francisco Javier Nguyen Van Thuan (1928-2002).** Era un obispo vietnamita, un volcán de fuego apostólico, un hombre de un dinamismo extraordinario: en su diócesis se multiplicó el número de sacerdotes y seminaristas, aumentaron las publicaciones religiosas, florecieron los movimientos apostólicos, la práctica religiosa y las conversiones de adultos. Recién nombrado obispo auxiliar de Saigón por san Pablo VI fue encarcelado por el régimen comunista. Trece años de cautiverio, los nueve primeros en régimen de aislamiento. Fruto de esta soledad y silencio fue el libro de pensamientos *El camino de la esperanza*. Traducido a muchos idiomas, ha hecho bien a muchísimas personas de todo el mundo. Le habían encarcelado para que no hablara, pero en la prisión recibió la palabra de Dios, como Juan en el desierto, y llegó a todo el mundo. El gobierno comunista, encerrando al obispo, le había abierto la puerta al mundo entero. Sus libros destilan esperanza, serenidad, paz y alegría, amor cristiano. No se encuentra en ellos ni una palabra de resentimiento, queja, pesimismo o amargura. He aquí una reflexión suya, transmitida siguiendo el hilo de una historia:

Después de mi liberación, muchas personas me han dicho: «Padre, en la prisión usted ha tenido mucho tiempo para orar». No es tan simple como se podría pensar. El Señor me ha permitido experimentar toda mi debilidad, mi fragilidad física y mental. El tiempo pasa lentamente en la prisión, particularmente durante el aislamiento. Imaginen una semana, un mes, dos meses de silencio... son terriblemente largos, pero cuando se transforman en años se hacen una eternidad. Un proverbio vietnamita dice: «Un día en prisión es como mil otoños fuera». ¡Hay días en que, al extremo del cansancio, de la enfermedad, no logro recitar una oración!

Me viene a la mente una historia, la del viejo Jim. Cada día, a las 12, Jim entraba a la Iglesia por no más de dos minutos y luego salía. El sacristán, que era muy curioso, un día detuvo a Jim y le preguntó:

— ¿A qué vienes cada día?

— Vengo a orar

- ¡Imposible! ¿Qué oración puedes decir en dos minutos?
- Soy un viejo ignorante, oro a Dios a mi manera.
- Pero ¿qué dices?
- Digo: Jesús, aquí estoy, soy Jim. Y me voy.

Pasaron los años. Jim, cada vez más viejo, enfermo, ingresó al hospital, en la sección de los pobres. Cuando parecía que Jim iba a morir, el sacerdote y la religiosa enfermera estaban cerca de su lecho.

- Jim, dínos, ¿por qué desde que tú entraste a esta sección todo ha mejorado y la gente se ha puesto más contenta, feliz y amigable?
- No lo sé. Cuando puedo caminar, voy por todas partes visitando a todos, los saludo, platico un poco; cuando estoy en cama llamo a todos, los hago reír a todos y hago felices a todos. Con Jim están siempre felices.
- Y tú, ¿por qué eres feliz?
- Ustedes, cuando reciben diario una visita, ¿no son felices?
- Claro. Pero, ¿quién viene a visitarte? Nunca hemos visto a nadie.
- Cuando entré a esta sección les pedí dos sillas: una para ustedes y otra reservada para mi huésped, ¿no ven?
- ¿Quién es tu huésped?
- Es Jesús. Antes iba a la Iglesia a visitarlo ahora ya no puedo hacerlo; entonces, a las 12, Jesús viene.
- Y, ¿qué te dice Jesús?
- Dice: ¡Jim, aquí estoy, soy Jesús!...

Antes de morir lo vimos sonreír y hacer un gesto con su mano hacia la silla cercana a su cama, invitando a alguien a sentarse... sonrió de nuevo y cerró los ojos.

Cuando me faltan las fuerzas y no logro ni siquiera recitar mis oraciones, repito: «Jesús, aquí estoy, soy Francisco». Me entra el gozo y el consuelo, experimento que Jesús me responde: «Francisco, aquí estoy, soy Jesús».

(Del libro Cinco panes y dos peces del Cardenal Fco. Xavier Nguyen Van Thuan)

- **El adolescente Carlo Acutis (-2006) aprendió en el silencio de la oración a ser como Jesús.** Desde que hizo la primera comunión, a los siete años, asistía a misa diariamente y pasaba muchos ratos ante el sagrario: "pido a Jesús que me ayude a tratar a los demás como lo hacía él". Y lo logró. Murió a los 15 años víctima de leucemia, cuando ya había cumplido su proyecto de vida: «vivir siempre con Jesús, para Jesús y en Jesús. Estar siempre unido a Jesús». A su entierro asistieron gente de toda clase social, raza y religión, entre ellos los mendigos que saludaba y que le tenían por amigo. De él son estas frases:
 - «Nuestra meta debe ser el infinito, no el finito. El infinito es nuestra patria. Desde siempre, el cielo nos espera»
 - «Todos nacen como originales pero muchos mueren como fotocopias»
 - «Nuestra brújula tiene que ser siempre la Palabra de Dios»
 - «La Eucaristía es mi autopista hacia el Cielo»
 - «Estoy feliz de morir porque he vivido mi vida sin desperdiciar ni un minuto haciendo cosas que no hubieran agradado a Dios»
 - Antes de morir, el 12 de octubre de 2006, aclaró, para los que tuvieran dudas sobre la "injusticia" de Dios que permitía una muerte tan prematura:

“Estoy feliz de morir porque he vivido mi vida sin desperdiciar ni un minuto haciendo cosas que no hubieran agradado a Dios“

No era un santo de estampa, sino un muchacho vivo y dinámico, un genio de la informática, la programación de ordenadores, pasando por el montaje de películas, la creación de sitios web, los periódicos online de los que era redactor y maquetador, ejercía el voluntariado con los necesitados, los niños y los ancianos. Desarrolló el sitio web "los milagros eucarísticos en el mundo".

- Hoy todos nosotros podemos y debemos ser altavoces de Dios, que en silencio y oración escuchan la palabra del Dios que es amor y la transmiten sin ruido de palabras a través del testimonio, o con palabras de vida cuando es conveniente.

